

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2025**

**TEMA GENERAL:
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:
EFESIOS**

Mensaje trece

Un andar en amor y en luz

Lectura bíblica: Ef. 5:2, 8; Jn. 8:12; 1 Jn. 4:8, 16-17; 1:5; Sal. 119:105, 130

I. “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”—Ef. 5:2:

- A. El holocausto tipifica a Cristo en el hecho de que llevó una vida de absoluta entrega a Dios y para la satisfacción de Dios (Lv. 1:3, 9; Jn. 8:29); Cristo llevó en este mundo una vida de Dios como amor, y ahora Él es nuestra vida para que podamos llevar la misma vida de amor en este mundo y ser iguales a Él (1 Jn. 4:16-17); éste es Jesús viviendo otra vez en la tierra en Su humanidad divinamente enriquecida, aroma que satisface a Jehová (Éx. 29:18, 25; 2 Co. 2:15).
- B. La meta del libro de Efesios es introducirnos en el amor como sustancia interna de Dios para que disfrutemos a Dios como amor y disfrutemos Su presencia en la dulzura del amor divino, y de ese modo amemos a otros como Cristo lo hizo—5:25:
 - 1. En la condición y atmósfera de amor, somos saturados de Dios para ser santos y sin mancha delante de Él—1:4.
 - 2. El amor en el cual estamos arraigados para crecer y estamos cimentados para ser edificados es el amor divino hecho real para nosotros y experimentado por nosotros de manera práctica—3:17.
 - 3. El amor de Cristo, que es Cristo mismo, es inconmensurable y excede a todo conocimiento, pero podemos conocerlo al experimentarlo—v. 19.
- C. Como aquellos que hemos sido regenerados para llegar a ser la especie de Dios, nosotros, los hijos de Dios, deberíamos ser amor porque Dios es amor; puesto que llegamos a ser Dios en vida y en naturaleza, también deberíamos llegar a ser amor—1 Jn. 4:8, 16.
- D. Si hemos de experimentar y disfrutar el amor divino y hacer que éste llegue a ser el amor por el cual amamos a otros, necesitamos conocer a Dios en nuestra experiencia al vivir continuamente en la vida divina—vs. 8, 16; 1:3-6; Fil. 3:10a.
- E. Dios nos amó primero, por cuanto Él nos infundió Su amor y generó en nosotros el amor con el cual lo amamos a Él y a los hermanos—1 Jn. 4:19-21.
- F. Nuestro amor natural debe ser puesto en la cruz; una diferencia entre el amor de Dios y nuestro amor natural es que nuestro amor natural se ofende muy fácilmente.
- G. Debemos ser personas que son inundadas y llevadas por el amor de Cristo; el amor divino debería ser semejante al torrente de una corriente de aguas inmensas que viene hacia nosotros, impulsándonos a vivir atentos a Él más allá de nuestro propio control—2 Co. 5:14.

- H. El mandamiento respecto al amor fraternal es tanto antiguo como nuevo: antiguo, porque los creyentes lo han tenido desde el comienzo de su vida cristiana; nuevo, porque en su andar cristiano este mandamiento amanece con nueva luz y brilla con resplandor nuevo y poder fresco una y otra vez—1 Jn. 2:7-8; 3:11, 23; cfr. Jn. 13:34:
1. Los mandamientos del Señor no son meramente órdenes judiciales; son Sus palabras, las cuales son espíritu y vida como suministro para nosotros—6:63.
 2. El amor de Dios es Su esencia interna, y las palabras del Señor nos suministran Su esencia divina, con la cual lo amamos a Él y amamos a los hermanos.
 3. Deberíamos amar a Dios y a Sus hijos con el amor divino que nos es transmitido por medio de las palabras del Señor para que llegue a ser nuestra experiencia y disfrute.
- I. La vida de iglesia es una vida de amor fraternal—1 Jn. 4:7-8; 2 Jn. 5-6; Jn. 15:12, 17; Ap. 3:7; Ef. 5:2; cfr. Jud. 12a:
1. El Cuerpo se edifica a sí mismo en amor (Ef. 4:16); “el conocimiento envanece, pero el amor edifica” (1 Co. 8:1b; cfr. 2 Co. 3:6).
 2. El espíritu que Dios nos ha dado y que ha sido regenerado es un espíritu de amor; necesitamos tener un espíritu ferviente de amor para conquistar la degradación de la iglesia actual—2 Ti. 1:7.
 3. Amarnos unos a otros es una señal de que pertenecemos a Cristo (Jn. 13:34-35); amar ser el primero en la iglesia es contrario a amar a todos los hermanos (3 Jn. 9).
 4. Así como el Señor Jesús puso la vida de Su alma para que pudiéramos obtener la vida divina, necesitamos perder la vida de nuestra alma y negarnos al yo a fin de amar a los hermanos y ministrarles vida en la práctica de la vida del Cuerpo—1 Jn. 3:16; Jn. 10:11, 17-18; 15:13; Ef. 4:29—5:2; 2 Co. 12:15; Ro. 12:9-13.
 5. Necesitamos perder la vida de nuestra alma al no amar el mundo con sus placeres, sino que recibir a Dios y expresar a Dios como amor en la vida de iglesia de amor fraternal debería ser nuestro gozo, diversión, entretenimiento y felicidad—1 Jn. 2:15-17; Mt. 16:25-26; Sal. 36:8-9; cfr. 2 Ti. 3:4.
 6. El amor fraternal en la vida de iglesia es expresado de manera práctica cuando nos ocupamos de las necesidades de los santos necesitados sin tener ningún propósito egoísta ni ninguna manifestación externa egoísta; cuando se comparten los bienes materiales con los santos necesitados, la gracia de la vida del Señor junto con Su amor fluye entre los miembros del Cuerpo de Cristo y es infundida en ellos—1 Jn. 3:17-18; Mt. 6:1-4; Ro. 12:13; 2 Co. 8:1-7.
- J. Permanecer en amor es llevar una vida en la que amamos a otros habitualmente con el amor que es Dios mismo a fin de que Él sea expresado en nosotros—1 Jn. 4:16-18; 2 Co. 5:10, 14.
- K. El perfecto amor es el amor que ha sido perfeccionado en nosotros por el hecho de que amemos a otros con el amor de Dios; tal amor echa fuera el temor y no teme ser castigado por el Señor a Su regreso—1 Jn. 4:17-18; cfr. Lc. 12:46-47.
- L. El amor es el camino más excelente para todo lo que seamos y hagamos con miras a la edificación de la iglesia como Cuerpo orgánico de Cristo—1 Co. 12:31b—13:8a.

II. “En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz”—Ef. 5:8:

- A. La luz es la presencia de Dios; el resplandor interno de la luz debería gobernar y regir en nuestro interior para que confesemos nuestros pecados a fin de ser introducidos en la presencia del Señor—1 Jn. 1:5, 7; Gn. 1:18.
- B. Isaías 2:5 es un llamado a que el pueblo de Dios camine en la luz, un llamado a que nos arrepintamos y confesemos nuestros pecados a fin de ser introducidos en la presencia de Dios: “Casa de Jacob, venid y caminemos a la luz de Jehová”:
1. En el momento que Dios habló esta palabra a Su pueblo, Él también dijo por medio de Su profeta Isaías: “¡Ay de los que llaman a lo malo bueno, / y a lo bueno malo; / que hacen de la luz tinieblas, / y de las tinieblas luz; / que ponen lo amargo por dulce, / y lo dulce por amargo!”—5:20.
 2. Necesitamos permanecer en Cristo y andar a la luz de la vida (Jn. 8:12) a fin de participar de Cristo como nuestra porción “en la luz” (Col. 1:12); cuando la luz resplandece y rige en nuestro interior, esto es el reino del Hijo del amor de Dios que está en contraste con la autoridad de las tinieblas, que es el reino de Satanás (v. 13; Hch. 26:18-19).
- C. En la experiencia de los buscadores que aman a Dios, la Palabra de Dios es una esfera de luz, pues la luz se halla en la palabra de Dios: no en la palabra escrita de la Biblia, sino en la palabra que el Espíritu nos habla desde nuestro interior, la cual nos revela de manera nueva la palabra de la Biblia—Ap. 2:7a; Sal. 119:105, 130; Jn. 6:63; Ef. 5:26-27; Cnt. 8:13-14; Is. 66:2, 5.
- D. El hecho de que la Palabra sea para nosotros una esfera de luz en nuestra experiencia o no depende de nuestra actitud y condición al venir a la Palabra—cfr. Jn. 5:39-40:
1. Necesitamos humillarnos a nosotros mismos, no teniendo confianza en nosotros mismos, sino fijando la mirada en el Señor en busca de Su misericordia—Is. 57:15; 66:2; Lc. 11:34-36.
 2. Todas las cámaras de nuestra alma deberían estar abiertas para recibir al resplandor del Señor—Pr. 20:27.
- E. Si hemos de recibir luz por medio de la Palabra, necesitamos tomar medidas con respecto a los impedimentos y obstáculos en nuestro corazón (Lc. 8:12-15; Mt. 18:35); siempre que venimos a la Palabra, deberíamos ejercitar nuestro corazón, buscar al Señor con todo nuestro corazón y no tener un corazón dividido (Sal. 119:2; cfr. Jer. 29:10-13; 24:7; 32:39).
- F. La iluminación depende de la misericordia de Dios; siempre que Dios viene y nos concede Su misericordia, la luz de Su semblante es nuestra luz, Su manifestación es nuestra visión y Su presencia es nuestra ganancia—Ro. 9:15; Hch. 9:3-4; Is. 50:10-11; Nm. 6:25-26.
- G. A fin de ser iluminados por el Señor, debemos prestar atención especial a los siguientes cinco puntos:
1. A fin de ser iluminados, debemos desear y aceptar el resplandor del Señor, aplicando nuestro corazón a que seamos sencillos en buscar solamente al Señor con todo nuestro deseo—Sal. 139:23-24; Fil. 2:12-16; 2 Cr. 12:14; 16:12; 34:1-3; Sal. 27:8; 73:25; Lc. 11:33-36.
 2. A fin de ser iluminados, debemos abrirnos al Señor, volver nuestros corazones a Él y presentarnos delante de Él sin reservas y sin retener nada; aquellos que se cierran al Señor son expertos en juzgar y criticar a otros—2 Co. 3:16; Pr. 20:27; Mt. 7:1-5; Lc. 6:36-37, 41-42.

3. A fin de ser iluminados, debemos detenernos a nosotros mismos; esto significa detener nuestras perspectivas, nuestras maneras de ver las cosas, nuestros sentimientos, nuestras ideas y nuestras opiniones; cuando una persona que se ha detenido completamente se presenta delante del Señor, puede ser sumamente sencilla y simple al recibir la palabra del Señor—10:38-42; Jn. 11:21-28; Is. 40:31; Mt. 5:3; Lc. 18:15-17; Is. 66:1-2.
 4. A fin de ser iluminados, no debemos argumentar con la luz del Espíritu, quien nos habla interiormente, ni con la luz de los ministros del Espíritu, quienes nos hablan exteriormente—Hch. 22:10; Cnt. 5:4-6; 2 Co. 10:3-5; 11:2-3; Nm. 16:1-7, 33-39; 17:1-8; cfr. Éx. 33:11, 14.
 5. A fin de ser iluminados, debemos vivir continuamente en la luz—Is. 2:5; 1 Jn. 1:7; He. 9:14; 10:22; Mt. 5:3, 8, 14; Sal. 119:105; Ap. 1:20; Sal. 36:8-9.
- H. No deberíamos fabricar nuestra propia luz; en lugar de ello, deberíamos apoyarnos en el Señor para que nos ilumine—Is. 50:10-11:
1. Un cristiano no puede avanzar en la senda espiritual por su propio fuego; él debería confiar en el nombre de Jehová y apoyarse en su Dios.
 2. Si nos ceñimos con luz que hemos hecho nosotros mismos, aunque quizás andemos a la luz de nuestro propio fuego por algún tiempo, al final en tormento yaceremos—v. 11b.
 3. No deberíamos reemplazar la luz de Dios con nuestra propia luz; más bien, siempre deberíamos recibir la luz de Dios—1 Jn. 1:5; Jn. 8:12.

III. Nuestra vida cristiana debería ser “como la luz de la aurora, / cuyo resplandor va en aumento hasta llegar a pleno día” (Pr. 4:18); entonces “[resplandeceremos] como el sol” en el reino de nuestro Padre (Mt. 13:43).

IV. A la postre, toda la Nueva Jerusalén será el difusor de la luz divina; hoy en día este difusor es el Cuerpo de Cristo con el pueblo del reino como luz del mundo que disipa las tinieblas del mundo—Ap. 21:23; 22:5; 4:5; Mt. 5:14.